

VENTANUCO

JOSÉ AURELIO MARTÍN

Un ventanuco en la parte alta de la habitación, único contacto con la calle de la casa de Paqui y Manuel.

PAQUI. Me toca a mí, ¿no?

MANUEL. Qué morro. Venga, anda.

Se sube por una escalera hasta el ventanuco.

PAQUI. Nadie.

MANUEL. ¿Nadie? ¿Y en frente?

PAQUI. La vieja en la ventana, tomando el sol, como todos los días.

MANUEL. Es la hora del pelanas, ese no falla.

PAQUI. No se le ve.

MANUEL. Es su hora, todos los días a la once aparece, se sienta, cruza las piernas y observa la plaza vacía, muy serio.

PAQUI. Yo no lo veo.

MANUEL. A veces se ríe.

PAQUI. De nosotros, se ríe de nosotros, él puede vivir en la calle y nosotros aquí encerrados.

MANUEL. A lo mejor ni sabe lo que pasa, tiene pinta de extranjero.

PAQUI. A lo mejor cree que es el último hombre sobre la tierra, qué fantasía.

MANUEL. No sé dónde comerá ahora, supongo que los comedores no habrán cerrado.

PAQUI. Algo comerá.

MANUEL. ¿No ves a nadie más en frente, en las casas?

PAQUI. No.

MANUEL. ¡Qué aburrimiento!

PAQUI. Ya. Espera.

MANUEL. ¿Qué?

PAQUI. Una chica, hostia.

MANUEL. ¿Qué le pasa?

PAQUI. Está desnuda, parece.

MANUEL. ¿No jodas?

PAQUI. Guarro.

MANUEL. Describe.

PAQUI. Baila, como una loca.

MANUEL. No se oye la música.

PAQUI. Debe de llevar cascos.

MANUEL. ¿Se le mueve el pelo?

PAQUI. Sí, y las tetas. Las tiene bonitas.

MANUEL. Y grandes, si se le mueven es que son grandes.

PAQUI. Cerdo. Tiene un lunar en la izquierda.

MANUEL. Como tú..., qué mentirosa eres.

PAQUI. Espera, se ha parado en seco.

MANUEL. Se habrá acabado la canción.

PAQUI. No, se ha echado las manos a la cara.

MANUEL. Déjalo, Paqui, no me lo creo.

PAQUI. Está llorando.

MANUEL. ¿Por qué?

PAQUI. Me lo imagino.

MANUEL. ¿No ha aparecido el pelanas?

PAQUI. No.

MANUEL. Raro.

PAQUI. Aparecerá más tarde.

MANUEL. Paqui, baja, por favor.

PAQUI. Espera, me tocaba a mí.

MANUEL. Baja, por favor.

PAQUI. Para qué.

MANUEL. Quiero abrazarte.

PAQUI. Vale, después voy a bailar desnuda...

MANUEL. ¿Qué dices?

PAQUI. Aunque nadie me vea.

MANUEL. Bueno te voy a ver yo.

PAQUI. Me da igual.

MANUEL. ¿El qué te da igual?

PAQUI. Nada

MANUEL. ¿Por qué, Paqui?

PAQUI. No sé.

La escena comienza con Paqui ya arriba. (No hay que cambiar en el texto, solo eliminar la acotación y orientar la intención de ese parlamento). Si el personaje tiene que subir habría que apoyar la escalera en el fondo y Manuel aparecería de espaldas al público. No se puede sostener una escalera si el cuerpo no hace fuerza en la dirección correcta. Hay que hacer fuerza. La escalera es muy frágil Paqui está arriba ya. Tan arriba que no se la ve, solo se la oye. Manuel sujeta una larguísima, hiperbólica, extraordinaria escalera. No es de metal sino de trancos finos y frágiles, rústica, irregular. Hecha con las manos. La escalera se apoya en la barra del telón, lo más alto que se pueda. De frente al espectador. Viven muy abajo. Eso no tiene nada de sentimental, ¿dónde está la poesía de vivir tan abajo?

Esa ventana da al mundo y el mundo son las personas. La vida que están viviendo consiste (no sabemos desde cuándo, ni por qué) en narrar un trozo de mundo habitado y vivo.

Cuando Manuel se aburre, se aburre de no escuchar, se aburre del silencio largo que no cuenta nada. La chica tarda mucho en aparecer. Manuel, aguanta tu vela.

La habitación tiene una mesa humilde y solo dos sillas. Encima de la mesa cae el círculo de luz de una lámpara colgada con una cuerda larga. Tan larga como la escalera.

No hemos tenido la suerte de que la luz de la calle entre por los barrotes dejando en el suelo una mancha encarcelada. Otras obras tienen más suerte y las casas están mejor orientadas. La luz es la que da la única bombilla.

Si la calle es el mundo, que lo sea por necesidad. La vida está ahí arriba. La vida visible y necesaria.

#IMAGEN



Fotografía: Rocío Martín